

Fragmentos del *Cantar de Roldán* seleccionados para el itinerario lector de la figura del héroe a través de la literatura.

Seleccionados por Gema García Lorenzo para su blog www.aloscuatrovientos.es

El cantar de Roldán



Imagen (dominio público)

Simon Marmion - Grandes Chroniques de France, St. Petersburg, Ms. Hermitage. fr. 88: (Niederl. Burgund, Mitte 15. Jh., Exemplar Philipps des Guten), folio. 154v

I

El rey Carlos, nuestro emperador, el Grande, siete años enteros permaneció en España: hasta el mar conquistó la altiva tierra. Ni un solo castillo le resiste ya, ni queda por forzar muralla, ni ciudad, salvo Zaragoza, que está en una montaña. La tiene el rey Marsil, que a Dios no quiere. Sirve a Mahoma y le reza a Apolo. No podrá remediarlo: lo alcanzará el infortunio.

II

El rey Marsil se encuentra en Zaragoza. Se ha ido hacia un vergel, bajo la sombra. En una terraza de mármoles azules se reclina; son más de veinte mil en torno a él. Llama a sus condes y a sus duques:

-Oíd, señores, qué azote nos abruma. El emperador Carlos, de Francia, la dulce, a nuestro país viene, a confundirnos. No tengo ejército que pueda darle batalla; para vencer a su gente, no es de talla la mía. Aconsejadme, pues, hombres juiciosos, ¡guardadme de la muerte y la deshonra!

No hay infiel que conteste una palabra, salvo Blancandrín, del castillo de Vallehondo.

III

Entre los infieles, Blancandrín es juicioso: por su valor, buen caballero; por su nobleza, buen consejero de su señor. Le dice al rey:

-¡Nada temáis! Enviad a Carlos, orgulloso y altivo, palabras de servicio fiel y de gran amistad. Le daréis osos, y leones y perros, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientas mulas, cargadas de oro y plata y cincuenta carros, con los que podrá formar un cortejo: con largueza pagará así a sus mercenarios. Mandadle decir que combatió bastante en esta tierra; que a Aquisgrán, en Francia, debería volverse, que allí lo seguiréis, en la fiesta de San Miguel, que recibiréis la ley de los cristianos; que os convertiréis en su vasallo, para honra y para bien. ¿Quiere rehenes?, pues bien, mandémosle diez o veinte, para darle confianza. Enviemos a los hijos de nuestras esposas: así perezca, yo le entregaré el mío. Más vale que caigan sus cabezas y no perdamos nosotros libertad y señorío, hasta vernos reducidos a mendigar.

IV

Prosigue Blancandrín:

-Por esta diestra mía, y por la barba que flota al viento sobre mi pecho, al momento veréis deshacerse el ejército del adversario. Los francos regresarán a Francia: es su país. Cuando cada uno de ellos se encuentre nuevamente en su más caro feudo, y Carlos en Aquisgrán, su capilla, tendrá, para San Miguel, una gran corte. Llegará la fiesta, vencerá el plazo: el rey no tendrá de nosotros palabra ni noticia. Es orgulloso, y cruel su corazón: mandará cortar las cabezas de nuestros rehenes. ¡Más vale que así mueran ellos antes de perder nosotros la bella y clara España, y padecer los quebrantos de la desdicha!

Los infieles dicen:

-Quizá tenga razón.

V

El rey Marsil ha escuchado a sus consejeros. Llama a Clarín de Balaguer, Estamarín y su par Eudropín, y a Priamón y Guarlan el Barbudo, y a Machiner y su tío Maheu, y a Jouner y a Malbián de Ultramar, y a Blancandrín, para hablar en su nombre. Entre los más felones, toma a diez aparte y les dice:

-Señores barones, iréis hacia Carlos. Está ante la ciudad de Cordres, a la que ha puesto sitio. Llevaréis en las manos ramas de olivo, en señal de paz y humildad. Si gracias a vuestra habilidad, podéis llegar a un acuerdo con él, os daré oro y plata a profusión, tierras y feudos a la medida de vuestros deseos.

-¡Nos colmáis con ello! -dicen los infieles.

VI

El rey Marsil ha escuchado a sus consejeros. Dice a sus hombres:

-Señores, partiréis. Llevaréis en las manos ramas de olivo, y le diréis al rey Carlomagno que por su Dios tenga clemencia; que no verá pasar este primer mes sin que yo esté junto a él con mil de mis fieles; que recibiré la ley cristiana y me convertiré en su deudor con todo amor y toda fe. ¿Quiere rehenes? Pues, en verdad, los tendrá.

-Con ello obtendréis un buen acuerdo -dice Blancandrín.

VII

Marsil manda traer diez mulas blancas, que le había enviado el rey de Adalia. Son de oro sus frenos; las sillas tienen incrustaciones de plata. Los mensajeros montan; llevan en las manos ramas de olivo. Van hacia Carlos, que en Francia tiene su feudo. No podrá remediarlo Carlos: lo engañarán.

VIII

El emperador se muestra alegre; está de buen humor, pues ya conquistó Cordres. Ha destruido sus murallas y ha abatido las torres con sus catapultas. Sus caballeros han hallado gran botín: oro, plata y preciosas armaduras. Ni un solo infiel quedó en la villa: todos murieron o fueron bautizados.

El emperador se halla en un gran vergel: junto a él, están Roldán y Oliveros, el duque Sansón y el altivo Anseís, Godofredo de Anjeo, gonfalonero del rey, y también Garín y Gerer, y con ellos muchos más: son quince mil de Francia, la dulce. Los caballeros se sientan sobre blancas alfombras de seda; los más juiciosos y los ancianos juegan a las tablas y al ajedrez para distraerse, y los ágiles mancebos esgrimen sus espadas. Bajo un pino, cerca de una encina, se alza un trono de oro puro todo él: allí se sienta el rey que domina a Francia, la dulce. Su barba es blanca, y floridas sus sienas; su cuerpo es hermoso, su porte altivo: no hay necesidad de señalarlo al que lo busque. Y los mensajeros echan pie a tierra y lo saludan con amor y respeto.

IX

Blancandrín es el primero en hablar. Dícele al rey:

-¡Os saludo en nombre del glorioso Dios que debemos adorar! Oíd lo que os manda decir el valeroso rey Marsil. Se ha instruido en la ley salvadora; por ello quiere daros riquezas a profusión,

osos y leones, perros que se pueden llevar con correa, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientas mulas, cargadas de oro y plata, cincuenta carros con los que formaréis un cortejo, y colmados de tantos besantes de oro fino que podréis pagar con largueza a vuestros mercenarios. Durante largo tiempo permanecisteis en esta tierra. A Aquisgrán, en Francia, os convendría regresar. Allí os seguirá, os lo promete, mi señor.

El emperador alza las manos hacia Dios, inclina la cabeza y se pone a meditar.

X

El emperador mantiene inclinada la cabeza. Jamás fueron apresuradas sus palabras: tal es su costumbre, sólo habla cuando le viene en gana. Cuando por fin se yergue, resplandece de orgullo su rostro.

-Habéis hablado muy bien -contesta a los mensajeros-. Mas el rey Marsil es mi gran enemigo. ¿Qué garantía tendré yo sobre las palabras que acabáis de pronunciar?

-Tendréis rehenes -replica el sarraceno-. Diez, quince o veinte. Así deba perecer, pondré con ellos a un hijo mío, y recibiréis, según creo, otros de mayor alcurnia. Cuando os encontréis en vuestro soberbio palacio, durante la gran fiesta de San Miguel del Peligro, estará junto a vos mi señor, os lo aseguro. Allí, en vuestras fuentes, que Dios hizo para vos, quiere recibir el bautismo.

Responde Carlos:

-Quizá pueda alcanzar aún la salvación.

XI

La tarde es hermosa y luce claro el sol. Carlos ordena que las diez mulas sean conducidas al establo y hace levantar una tienda en el gran vergel. Allí dará albergue a los diez mensajeros; doce sargentos cuidan con esmero de su servicio. Reposan esa noche hasta que despunta el claro día. El emperador se ha levantado temprano; ha escuchado misa y maitines. Se ha retirado bajo un pino y manda llamar a sus barones para hacerse aconsejar: en toda circunstancia, quiere que sus guías sean los de Francia.

XII

El emperador se halla bajo un pino; ha llamado a sus barones para escuchar su consejo; el duque Ogier y el arzobispo Turpín, Ricardo el Viejo y su sobrino Enrique, y también el animoso conde de Gascuña Acelino, Tibaldo de Reims y su primo Milón. Vienen asimismo Gerer y Garín; y con ellos el conde Roldán y Oliveros, el noble y denodado; son más de mil los guerreros de Francia; también se halla Ganelón, el que había de traicionarlos. Da comienzo entonces el consejo que debía acarrear terrible infortunio.

XIII

-Señores barones -dice el emperador Carlos-, el rey Marsil me ha enviado sus mensajeros. Desea darme de sus riquezas a profusión: osos y leones, perros amaestrados para que se les pueda llevar con correa, setecientos camellos y mil azores a punto de ser mudados, cuatrocientas mulas cargadas de oro de Arabia y además cincuenta carros. Pero me pide que me retire a Francia: dice que me seguirá a Aquisgrán, a mi palacio, y que recibirá nuestra ley, la más santa, según confiesa; será cristiano, tendrá sus tierras como vasallo mío. Pero ignoro cuál es el fondo de su corazón.

-Desconfiemos -dicen los franceses.

XIV

El emperador ha expresado su pensamiento. El conde Roldán, que no está de acuerdo, al momento se yergue para contrariarlo. Le dice al rey:

-¡Desdichado de vos, si creéis las palabras de Marsil! Son ya siete años enteros los que llevamos en España. He conquistado para vos Noples y Comibles; he tomado Valtierra y las tierras de Pina, Balaguer, Tudela y Sevil. Entonces el rey Marsil llevó a cabo una gran traición: envió a quince de sus infieles hacia vos, llevaban todos una rama de olivo en la mano y os dijeron las mismas palabras que ahora. Pedisteis consejo a vuestros franceses. A fe que os lo dieron muy insensato: enviasteis al infiel a dos de vuestros condes, uno era Basan y el otro. Basilio; cerca de Altamira, en pleno monte, cortó sus cabezas. ¡Continuad la guerra como la emprendisteis! Conducid a Zaragoza a la flor de vuestro ejército; ponedle sitio, así deba durar toda vuestra vida, y vengad aquellos que el traidor mandó matar.

XV

El emperador mantiene inclinada la cabeza. Alisa su barba y manosea su mostacho; ni aprueba a su sobrino, ni lo regaña: nada responde. Los franceses guardan silencio, excepto Ganelón. Se pone de pie, e irguiendo el cuerpo, se presenta ante Carlos. Con gran altivez comienza a hablar, y dice al rey:

-¡Ay de vos si escucháis al villano, sea yo, o cualquier otro, que no os aconsejara para vuestro bien! Cuando el rey Marsil os manda decir que se convertirá en vuestro vasallo, juntas las manos, y que recibirá toda España como un don de vuestra gracia, y que además acatará la ley que nosotros observamos, aquel que os aconseje que desechemos semejante acuerdo en poco aprecia, señor, nuestra vida. No debe prevalecer un consejo de orgullo. ¡Dejemos a los locos, atengámonos a los juiciosos!

XVI

Entonces se adelanta Naimón; no existe mejor vasallo en toda la corte. Le dice al rey:

-Habéis oído la respuesta de Ganelón; es muy sensata, sólo os resta ponerla en práctica. El rey Marsil ha perdido la guerra: le habéis tomado todos sus castillos; con vuestras catapultas habéis destrozado sus murallas; habéis incendiado sus ciudades y vencido a sus hombres. Hoy, cuando os pide que le otorguéis clemencia, sería pecado causarle más desdichas. Puesto que quiere entregaros rehenes como garantía, no debéis prolongar esta gran guerra.

-¡El duque tiene razón! -dicen los franceses.

XVII

-Señores barones, ¿a quién hemos de enviar a Zaragoza, hacia el rey Marsil? -pregunta Carlos. El duque Naimón responde al punto:

-Iré yo, con vuestra venia: entregadme, pues, el guante y el bastón.

-Sois hombre de buen consejo -dice el rey-; por mis barbas que no os alejaréis de mi lado tan pronto. ¡Regresad a vuestro sitio, que nadie os pidió nada!

XVIII

-Señores barones, ¿a quién podríamos enviar al sarraceno que es dueño de Zaragoza?

-Muy bien podría ser yo -contesta Roldán.

-Por cierto que no iréis -dice el conde Oliveros-. Vuestro corazón es violento y altivo, llegaríais a las manos, mucho me temo. Si el rey lo desea, podría ir yo.

-¡Callaos ambos! -interrumpe el rey-. Ni vos, ni él, pondréis allí los pies. Por mis barbas, que veis aquí blancas, ¡ay del que me nombre a alguno de los doce pares!

Los franceses guardan silencio, intimidados.

XIX

Turpín de Reims se ha incorporado; sale de la fila y dice al rey:

-¡Dejad tranquilos a vuestros francos! Siete años permanecisteis en este país: han soportado muchas penas aquí, muchas fatigas. Mas dadme, señor, el guante y el bastón, e iré hacia el sarraceno de España: tengo ganas de ver cómo está hecho.

-¡Id y sentaos sobre esa alfombra blanca! ¡No volváis a tomar la palabra sobre este asunto, a menos que os lo ordene yo! -replica, irritado, el emperador.

XX

-Caballeros francos -dice el emperador Carlos-, elegidme a un barón de mis dominios que pueda llevar a Marsil mi mensaje.

Roldán exclama:

-Que sea Ganelón, mi padrastró.

Dicen los franceses:

-Por cierto que es el hombre indicado; no podríais enviar a ninguno más sensato.

Y el conde Ganelón se siente penetrado por la angustia. Retira de su cuello las amplias pieles de marta, descubriendo su brial de seda. Sus ojos son veros, su rostro altivo; noble es su cuerpo y su pecho amplio: tan hermoso se muestra que todos sus pares lo contemplan. Ganelón se encara con Roldán:

-¡Insensato! ¿Cuál es el motivo de tu frenesí? Todos aquí saben que soy tu padrastró, y sin embargo, me has señalado para ir al encuentro de Marsil. ¡Si Dios permite que regrese de esta empresa, te causaré males que durarán hasta el fin de tus días!

-Son ésas palabras dictadas por el orgullo y la demencia -replica Roldán-. Bien saben todos que no me cuido de amenazas; mas para hacerse cargo de un mensaje se necesita tener juicio. Si lo desea el rey, estoy dispuesto: iré en vuestro lugar.

XXI

-¡No harás tal! -responde Ganelón-. Ni eres tú vasallo mío, ni soy yo tu señor. Carlos me ordena que cumpla su servicio: iré, pues, a Zaragoza, donde está Marsil; mas antes de haberse apaciguado en mí la gran cólera que me invade, habré hecho una de las mías.

Al escuchar tales palabras, Roldán comienza a reír.

XXII

Al advertir Ganelón la burla de Roldán, lo invade tal despecho que está a punto de estallar de rabia; poco le falta para perder el juicio.

-Mal os quiero, a vos que habéis hecho recaer sobre mí esta elección injusta -le dice el conde-. Buen emperador, heme dispuesto; quiero llevar a cabo vuestra orden.

XXIII

-¡Iré a Zaragoza! Es necesario, bien lo sé. Quien pone allí los pies, no ha de regresar. Recordad, por sobre todas las cosas, que vuestra hermana es mi esposa. Me ha dado un hijo, el más hermoso que existe. Su nombre es Balduino -añade-, ha de ser un hombre valeroso. A él dejo en herencia mis tierras y mis feudos. Tomadlo bajo vuestra protección, pues nunca volverán a contemplarlo mis ojos.

-Muy tierno tenéis el corazón -contesta Carlos-. Fuerza os es partir, puesto que así lo ordeno.

XXIV

Dice el rey:

-Acercaos, Ganelón, y recibid el guante y el bastón. Bien lo habéis oído: la elección de los francos ha recaído sobre vos.

-Señor -replica Ganelón-, ¡todo fue por causa de Roldán! Toda mi vida le guardaré rencor, y también a Oliveros, por ser su amigo. En cuanto a los doce pares, que tanto lo quieren, aquí mismo los desafío, señor, ante vuestros ojos.

-Sois demasiado iracundo -observa el rey-. Verdad es que iréis, puesto que es mi mandato.

-Tal haré, mas sin ninguna garantía, como les sucedió a Basilio y a su hermano Basan.

XXV

El emperador le entrega el guante, aquel que lleva en la mano derecha. Mas el conde Ganelón hubiera deseado hallarse a muchas leguas. Cuando se decide a tomarlo, el guante cae a tierra. Los franceses dicen:

-¡Dios! ¿Qué augurio es éste? Grandes males habrá de acarrearos esta empresa.

-Caballeros -dice Ganelón-, ¡ya tendréis noticias de ello!

XXVI

-Señor -prosigue Ganelón-, dadme vuestra venia para partir. Ya que debo marchar, nada ha de retardarme. Y responde el rey:

-¡Id en nombre de Jesús y con mi venia!

Lo absuelve con su mano diestra y traza sobre él el signo de la cruz. Luego le entrega el bastón y la misiva.

Ganelón y Blacandrín planean la muerte de Roldán y la traición a Carlomagno.

XXXI

Tanto cabalgaron juntos Ganelón y Blancandrín que llegan a hacerse una promesa mutua, jurando cumplirla sobre su fe: buscar el modo de que muera Roldán. Tanto cabalgaron por caminos y senderos que pusieron finalmente pie a tierra en Zaragoza, bajo un tejo. A la sombra de un pino se alza un trono, cubierto de seda de Alejandría. Ahí se sienta el rey que tiene a toda España bajo su dominio, rodeado de veinte mil sarracenos. Todos guardan silencio, ansiosos por escuchar las nuevas. Y he aquí que se aproximan Ganelón y Blancandrín.

XXXII

Blancandrín se presenta ante Marsil; lleva de la mano al conde Ganelón. Dice, dirigiéndose al rey:

-¡Salud, en nombre de Mahoma y de Apolo, cuyas santas leyes observamos! Dimos parte a Carlos de vuestro mensaje. Alzó ambas manos hacia los cielos y alabó a su Dios, sin responder cosa alguna. Mas os envía uno de sus nobles barones, éste que aquí veis, y que todos consideran en Francia como ilustre caballero. Él os dirá si tendremos paz o no.

-¡Que hable -responde Marsil-, lo escucharemos!

XXXIII

Mas el conde Ganelón había estado pensándolo mucho. Comienza desplegando grandes artes, cual hombre versado en el discurso. Dícele al rey:

-¡Salud, en nombre del glorioso Dios que debemos adorar! He aquí lo que os manda decir Carlomagno, el esforzado: recibid la santa ley cristiana, y él habrá de entregaros como feudo la mitad de España. Si no os place aceptar este acuerdo, se os tomará cautivo, y encadenado de viva fuerza, seréis conducido a Aquisgrán; allí se os juzgará y pondrase fin a vuestra vida: vuestra muerte será vil y ultrajante.

Se estremece el rey Marsil. En la mano tiene un dardo, emplumado de oro: su deseo es herir, pero lo retienen.

XXXIV

El rey Marsil ha mudado de color y apresta su jabalina. Al verlo Ganelón, lleva la mano a su espada, desenvainándola la largura de dos dedos. Dice, dirigiéndose a ella:

-Muy bella eres, y muy clara. ¡No en vano te llevé tan largo tiempo en la real corte! No habrá de decir el emperador de Francia que sucumbí solo en tierra extraña sin que los más valientes te hayan comprado a tu precio.

-¡Impidamos el combate! -dicen los infieles.

XXXIX

-Buen caballero Ganelón -dícele Marsil-, os traté con alguna ligereza cuando cegado por la cólera, estuve a punto de heriros. Ofrezco en prenda de mi palabra estas pieles de marta cebellina, cuyo precio vale más de quinientas libras: mañana, antes de la caída del sol, os habré pagado una buena multa.

-No la rechazo -responde Ganelón-. ¡Que Dios os recompense, si le place!

XL

-Ganelón -dice Marsil-, sabed que, en verdad, me siento impulsado a apreciaros en alto grado. Deseo que me habléis de Carlomagno. Es ya muy viejo, ha cumplido su tiempo; según mi parecer, debe tener más de doscientos años. Por tantas tierras ha llevado su cuerpo, tantas estocadas ha recibido su escudo, tantos opulentos reyes se vieron por su culpa convertidos en mendigos, ¿cuándo estará harto de guerrear?

-Carlos no es cual vos pensáis -responde Ganelón-. No hay hombre que al verlo y al aprender a conocerlo, no diga: “el emperador es un valiente”. No podrían mis palabras alabar y ensalzarlo lo suficiente: hay en él más honor y más virtudes de las que puedo expresar. ¿Quién podría describir su inmenso valor? ¡Tanta nobleza hace Dios resplandecer en su persona! Preferiría morir antes que faltar a sus barones.

XLI

-Buen motivo tengo para maravillarme -añade el infiel-. Carlomagno es viejo y blanca su cabeza; en mi opinión, debe tener más de doscientos años; por tantas tierras ha llevado a la lucha su cuerpo, ha recibido tantos tajos y lanzazos, tantos opulentos reyes se han convertido por su culpa en mendigos, ¿cuándo se cansará de guerrear?

-Nunca -responde Ganelón-, mientras viva su sobrino. No hay hombre más valeroso que Roldán bajo el firmamento. Y también es varón esforzado su amigo Oliveros. Y los doce pares, que tanto ama Carlos, forman su vanguardia con veinte mil caballeros. Carlos está bien seguro, no teme a ningún ser viviente.

XLIII

-Buen caballero Ganelón -dice el rey Marsil-, tengo un ejército tan brioso como nunca lo veréis; puedo contar con cuatrocientos mil caballeros: ¿podré combatir a Carlos y sus franceses?

-¡Eso se dice pronto! Vuestras mesnadas se perderían en masa. ¡Desechad las locuras; ateneos a vuestro juicio! Enviad al emperador tantos regalos que todos los franceses queden maravillados. Con sólo mandarle veinte rehenes, al punto veréis al rey regresar a Francia, la dulce. Dejará su retaguardia a sus espaldas. Con ella quedará, supongo, su sobrino, el conde Roldán y también el animoso y cortés Oliveros: pueden darse por muertos los dos condes, si encuentro quien atienda a

mis consejos. Carlos verá quebrantarse su orgullo; por siempre perderá el deseo de contender nuevamente con vos.

XLIV

-Buen caballero Ganelón, ¿de qué medio puedo valerme para que Roldán perezca?

-Os lo voy a decir -responde Ganelón-. Partirá el rey hacia los mejores puertos de Cize; dejará su retaguardia a sus espaldas. Con ella quedará el poderoso conde Roldán y Oliveros, en quien tanto confía éste, al mando de veinte mil franceses. Enviadle cien mil de los vuestros para darles la primera batalla. Las huestes de Francia hallarán gran quebranto, aunque también habrán de sufrir los vuestros, no lo niego. Mas entablada luego la segunda batalla: ya sea en la una o en la otra, no habrá de salvarse Roldán. Habréis llevado a cabo, entonces, una gran proeza y nunca en vuestra vida volveréis a tener guerra.

XLV

-Aquel que logre la muerte de Roldán, habrá privado a Carlos del brazo derecho de su cuerpo. Sonará la hora de los magníficos ejércitos. No reunirá ya Carlos tan numerosas mesnadas. ¡Hallará el reposo la Tierra de los Padres!

Al oír Marsil estas palabras, besa a Ganelón en el cuello; luego ordena que le traigan sus tesoros.

XLVI

-Los consejos se van en humo -dice Marsil-. Juradme que traicionaréis a Roldán.

-¡Sea, según vuestro deseo! -responde Ganelón. Sobre las reliquias de su espada Murglés, jura la traición; y su acción es vil.

Oliveros, al ver las huestes del enemigo pide a Roldán que toque el olifante para pedir ayuda a Carlomagno, Roldán se niega. Comienza la batalla.

LXXX

Oliveros ha subido a una colina. Mira hacia su derecha, y ve avanzar las huestes de los infieles por un valle cubierto de hierba. Llama al punto a Roldán, su compañero, y le dice:

-¡Tan crecido rumor oigo llegar por el lado de España, veo brillar tantas cotas y tantos yelmos centellear! Esas huestes habrán de poner en grave aprieto a nuestros franceses. Bien lo sabía Ganelón, el bajo traidor que ante el emperador nos eligió.

-¡Callad, Oliveros -responde Roldán-; es mi padrastró y no quiero que digáis ni una palabra más acerca de él!

LXXXI

Oliveros ha trepado hasta una altura. Sus ojos abarcan en todo el horizonte el reino de España y los sarracenos que se han reunido en imponente multitud. Relucen los yelmos en cuyo oro se engastan las piedras preciosas, y los escudos, y el acero de las cotas, y también las picas y los gonfalones atados a las adargas. Ni siquiera puede hacer la suma de los distintos cuerpos de ejército: son tan numerosos que pierde la cuenta. En su fuero interno, se siente fuertemente conturbado. Tan aprisa

como lo permiten sus piernas, desciende la colina, se acerca a los franceses y les relata todo lo que sabe.

LXXXII

-He visto a los infieles -dice Oliveros-. Jamás hombre alguno contempló tan cuantiosa multitud sobre la tierra. Son cien mil los que están ante nosotros con el escudo al brazo, atado el yelmo y cubiertos con blanca armadura; relucen sus bruñidas adargas, con el hierro enhiesto. Habréis de dar una batalla como jamás se ha visto. ¡Señores franceses, que Dios os asista! ¡Resistid firmemente, para que no puedan vencernos!

Los franceses exclaman:

-¡Malhaya quien huya! ¡Hasta la muerte, ninguno de nosotros habrá de faltarnos!

LXXXIII

Dice Oliveros:

-Muy crecido es el número de los sarracenos y escaso me parece el de nuestros franceses. Roldán, mi compañero, tocad vuestro olifante: Carlos lo escuchará y volverá el ejército.

-Locura fuera -responde Roldán-. Perdería por ello mi renombre en Francia, la dulce. Muy pronto habré de asestar recios golpes con Durandarte. Sangrará su hoja hasta el oro del pomo. Los viles sarracenos vinieron a los puertos para labrar su infortunio. Os lo juro: a todos les espera la muerte.

LXXXIV

-¡Roldán, mi compañero, tocad vuestro olifante! Carlos habrá de oírlo y volverá con el ejército; podrá socorrernos con todos sus barones.

-¡No permita Dios que por mi culpa sean menoscabados mis parientes y que Francia, la dulce, arrostre el desprecio! -replica Roldán-. ¡Más bien habré de dar recios golpes con Durandarte, mi buena espada que llevo ceñida al costado! Veréis su hoja cubierta de sangre. Los felones sarracenos se han reunido para desdicha suya. Os lo juro: todos ellos están señalados para la muerte.

LXXXV

-¡Roldán, mi compañero, tocad vuestro olifante! Carlos, que está cruzando los puertos, habrá de oírlo. Os lo juro: volverán los franceses.

-¡No plegue a Dios que jamás hombre vivo pueda decir que por causa de los infieles toqué mi olifante! -responde Roldán-. Nunca escucharán mis deudos tal reproche. Cuando se entable la feroz batalla, mil y setecientos golpes habré de asestar y veréis ensangrentarse el acero de Durandarte. Los franceses son denodados y pelearán valientemente; no escaparán a la muerte los de España.

LXXXVI

-¿Por qué habrían de menoscabarnos? -insiste Oliveros-. He contemplado a los sarracenos de España: son tantos que cubren montes y valles, colinas y llanuras. ¡Poderosos son los ejércitos de esta turba extranjera y muy reducido el nuestro!

Y responde Roldán:

-¡Ello me enardece más! ¡No plegué al Dios de los cielos ni a sus ángeles que por mi culpa pierda Francia su valer! ¡Antes prefiero la muerte a soportar el escarnio! ¡Cuanto más recios sean nuestros golpes, más habrá de querernos el emperador!

LXXXVII

Roldán es esforzado y Oliveros juicioso. Ambos ostentan asombroso denuedo. Una vez armados y montados en sus corceles, jamás esquivarían una batalla por temor a la muerte. Los dos condes son valerosos y nobles sus palabras.

Los felones sarracenos cabalgan furiosamente.

-Ved, Roldán, cuán numerosos son -dice Oliveros-. ¡Muy cerca están ya de nosotros, pero Carlos se halla demasiado lejos! No os habéis dignado tocar vuestro olifante. Si el rey estuviera aquí, no nos amenazaría tal peligro. Mirad a vuestras espaldas, hacia los puertos de España; podrán ver vuestros ojos un ejército digno de compasión: quien se encuentre hoy a retaguardia, nunca más podrá volver a hacerlo.

-¡No pronunciéis tan locas palabras! ¡Malhaya el corazón que se ablande en el pecho! En este lugar resistiremos firmemente. Por nuestra cuenta correrán los lances y refriegas.

LXXXVIII

Cuando advierte Roldán que está por entablarse la batalla, ostenta más coraje que un león o leopardo. Interpela a los franceses y a Oliveros:

-Señor compañero, amigo: ¡contened semejante lenguaje! El emperador que nos dejó sus franceses ha elegido a estos veinte mil: sabía que no hay ningún cobarde entre ellos. Es menester soportar grandes fatigas por su señor, sufrir fuertes calores y crudos fríos, y también perder la sangre y las carnes. Herid con vuestra lanza, que yo habré de hacerlo con Durandarte, la buena espada que me dio el rey. Si vengo a morir, podrá decir el que la conquiste: “Ésta fue la espada de un noble vasallo.”

LXXXIX

Por otro lado, he aquí que se acerca el arzobispo Turpín. Espolea a su caballo y sube por la pendiente de una colina. Interpela a los franceses y les echa un sermón:

-Señores barones, Carlos nos ha dejado aquí: Por nuestro rey debemos morir. ¡Prestad vuestro brazo a la cristiandad! Vais a entablar la lucha; podéis tener esa seguridad pues con vuestros propios ojos habéis visto a los infieles. Confesad vuestras culpas y rogad que Dios os perdone; os daré mi absolución para salvar vuestras almas. Si vinierais a morir, seréis santos mártires y los sitios más altos del paraíso serán para vosotros.

Bajan del caballo los franceses y se prosternan en la tierra. El arzobispo les da su bendición en nombre de Dios y como penitencia les ordena que hieran bien al enemigo.

Batalla

CVII

Mi señor Oliveros desnuda su buena espada, a instancias de su compañero Roldán y como noble caballero, le muestra el uso que de ella hace. Hiere a un infiel, Justino de Valherrado. En dos mitades le divide la cabeza, hendiendo el cuerpo y la acerada cota, la rica montura de oro en la que se engastan las piedras preciosas y aun el cuerpo del caballo, al que parte el espinazo. Jinete y corcel caen sin vida en el prado ante él. Y exclama Roldán:

-¡Ahora os reconozco, hermano! ¡Por golpes como ése nos quiere el emperador!

CXXV

La batalla se torna prodigiosa y precipitada. Los franceses combaten con vigor y coraje. Cortan puños, costados, espaldas, desgarran las ropas hasta la carne viva y chorrea la sangre en claros hilos sobre la hierba verde. ¡Tierra de los Padres, Mahoma te maldiga! ¡Entre todos los pueblos es más audaz el tuyo! Y no hay un sarraceno que no grite:

-¡Rey Marsil, a caballo! ¡Necesitamos tu ayuda!

CXXVI

Maravillosa y grande es la batalla. Hieren los francos con sus bruñidas picas. ¡Hubieseis visto tanto dolor, tantos hombres muertos, heridos, ensangrentados! Yacen los unos sobre los otros, vuelta la faz hacia el cielo o contra la tierra. No pueden resistir tal quebranto los sarracenos: quíéranlo o no, abandonan el campo. Y los francos los persiguen con todos sus bríos.

CXXVIII

Contempla el conde Roldán la gran mortandad de los suyos y llama a Oliveros, su amigo:

-¡Buen señor, querido compañero, por Dios!, ¿qué os parece? ¡Ved cuántos bravos yacen por tierra! ¡Buen motivo tenemos para apiadarnos de Francia, la dulce y bella! ¡Cuan desierta quedará, vacía de tales barones! Ah, rey amigo, ¿por qué no estáis aquí? ¿Qué podríamos hacer, hermano Oliveros? ¿Cómo darle noticias de nosotros?

Responde Oliveros:

-¿Cómo? No lo sé. Ello podría dar lugar a que se nos afrentase, ¡y antes prefiero morir!

CXXIX

Roldán dice:

-Tocaré el olifante. Llegará a oídos de Carlos, que está pasando los puertos. Os lo juro, retornarán los francos.

Responde Oliveros:

-¡Fuera para todos vuestros parientes gran deshonor y oprobio y pesará sobre ellos esta afrenta durante toda la vida! Cuando yo os lo aconsejé, nada hicisteis. Hacedlo ahora, mas no será por indicación mía. ¡No fuera propio de un valiente tocar el cuerno! ¡Ya vuestros dos brazos tenéis cubiertos de sangre!

-¡Buenos golpes he dado! -dice el conde.

CXXX

-¡Dura es nuestra batalla! -dice Roldán-. Tocaré mi cuerno y el rey Carlos lo escuchará.

-¡No sería propio de un valiente! -dice Oliveros-. Cuando yo os lo aconsejé, compañero, no os dignasteis escucharme. Si el rey hubiese estado aquí no sufriéramos quebranto alguno. Los que ahora yacen no merecen reproche. Por mis barbas, que si me es dado retornar junto a Alda, mi gentil hermana, ¡jamás habréis de reposar en sus brazos!

CXXXI

-¿Por qué contra mí volvéis vuestra cólera? -dice Roldán.

Y responde Oliveros.

-Compañero, vuestra es la culpa, pues valor sensato y locura son dos cosas distintas, y más vale mesura que soberbia. Si tantos franceses murieron, fue por vuestra ligereza. Nunca más volveremos a servir a Carlos. Si me hubierais escuchado, habría retornado mi señor; la batalla estaría ganada y muerto o prisionero el rey Marsil. En mala hora, Roldán, contemplamos vuestro denuedo. Carlos el Grande, que no tendrá su par hasta el juicio final, no volverá a recibir nuestra ayuda. Vais a morir y Francia será por ello afrentada. Hoy toca a su fin nuestro leal compañerismo: antes de esta noche habremos de separarnos, y nos será muy duro.

CXXXIV

El conde Roldán, con esfuerzo y grandes espasmos, toca dolorosamente su olifante. Por su boca brota la sangre clara, y se ha roto su sien. El sonido del cuerno se difunde a lo lejos. Carlos, que cruza los puertos, lo ha oído. El duque Naimón escucha y como él todos los francos. Y exclama el rey:

-¡Es el olifante de Roldán! ¡No lo tocaría si no estuviese en trance de batalla!

-¡No hay tal batalla! -responde Ganelón-. Sois ya viejo, vuestras sienes están blancas y floridas; por vuestras palabras parecéis un niño. Bien conocéis el gran orgullo de Roldán: es maravilla que lo haya tolerado Dios tanto tiempo. ¿No ha llegado, pues, a conquistar Noples sin esperar vuestras órdenes? Los sarracenos hicieron una salida y presentaron batalla a Roldán, el buen vasallo. Para borrar las huellas del encuentro, éste mandó inundar los prados cubiertos de sangre. Por una sola liebre se pasa el día tocando el olifante. Hoy será algún juego que lleva a cabo entre sus pares. ¿Quién bajo el firmamento se atrevería a ofrecerle batalla? Cabalguemos, pues. ¿Por qué detenernos? Lejos, frente a nosotros, está aún la Tierra de los Padres.

CXXXV

El conde Roldán tiene la boca ensangrentada. Se le ha roto la sien. Toca su olifante dolorosamente, con angustia. Carlos lo oye, y como él todos los franceses. Y dice el rey:

-¡Largo aliento tiene este olifante!

-¡Es que un valiente se emplea en ello! -responde el duque Naimón-. Estoy seguro de que ha trezado batalla. El mismo que lo traicionó intenta ahora que faltéis a vuestro deber. Tomad las armas, clamad vuestro grito de guerra y corred en auxilio de vuestra buena mesnada. Harto lo oís: es Roldán que pierde esperanzas.

CXXXVI

El emperador manda tocar sus olifantes. Los franceses echan pie a tierra y se arman con sus cotas, sus yelmos y sus espadas recamadas de oro. Tienen escudos bien labrados, largas y fuertes picas y gonfalones blancos, rojos y azules. Todos los barones del ejército cabalgan en sus corceles y clavan espuelas durante el paso de los desfiladeros. Y van diciéndose los unos a los otros:

-Si cuando veamos a Roldán está aún con vida, ¡qué recios golpes daremos con él!

Mas, ¿de qué sirven las palabras? Llegarán demasiado tarde.

CXXXVII

Avanza el día, resplandece la tarde. Las armaduras centellean bajo el sol. Fulguran las cotas y los yelmos, y los escudos que llevan flores pintadas, y las picas y los dorados gonfalones. El emperador cabalga invadido de cólera, y los franceses pesarosos e iracundos. Todos vierten doloroso llanto, todos sienten gran angustia por Roldán. El rey ha mandado prender al conde Ganelón y lo ha entregado a los cocineros de su corte. Llama a Besgón, el jefe de éstos y le dice:

-Guárdame bien a este felón: ha traicionado a mis mesnadas.

Recíbelo Besgón bajo su vigilancia y lo hace custodiar por cien pinches de su cocina; los hay de los mejores y también de los peores. Le arrancan los pelos de la barba y de los mostachos, cuatro veces cada uno lo golpean con el puño, lo apalean con varas y bastones y le ponen alrededor del cuello una cadena, como a un oso. Luego lo cargan con gran menoscabo sobre un mulo, guardándolo de esta suerte hasta el día en que habrán de devolverlo a Carlos.

Muerte de Oliveros y Roldán

CXLVII

Siente Oliveros que lo han herido de muerte. Nunca llevará a cabo venganza suficiente. En lo más compacto de la turba, acomete como verdadero barón. Hace pedazos escudos y picas, pies y puños, monturas y espinazos. Quien lo hubiera visto descuartizar infieles, amontonar los muertos sobre los muertos, tendría memoria de un buen caballero. No hay cuidado de que olvide la contraseña de Carlos y lanza su grito, alto y claro:

-¡Montjoie!

Luego llama a Roldán, su par y amigo, y le dice:

-Señor compañero, venid a mi lado, muy cerca, ¡con gran dolor habremos de separarnos en este día!

CXLVIII

Roldán mira el semblante de Oliveros: lo ve desencajado, pálido, sin color. Corre su clara sangre a los costados de su cuerpo y van cayendo los coágulos a tierra.

-¡Dios! -exclama el conde-, ¡no sé qué hacer! Señor compañero, ¡lástima grande de vuestro denuedo! Nadie habrá de igualaros jamás. ¡Ah, dulce Francia! ¡Cuan desierta quedarás sin tus mejores vasallos, humillada y vencida! ¡Gran daño sufrirá el emperador!

Y con estas palabras, se desmaya sobre su corcel.

CXLIX

He aquí a Roldán sin conocimiento sobre su montura y a Oliveros mortalmente herido. Perdió tanta sangre que se han empañado sus ojos: ya no ve, ni de lejos ni de cerca, para reconocer a nadie. Al aproximarse a su compañero, lo golpea sobre el yelmo cubierto de oro y de piedras preciosas, y se lo parte hasta el nasal, mas sin herirle la cabeza. Ante la acometida, Roldán vuelve hacia él sus ojos y le pregunta con dulzura y afecto:

-Señor compañero, ¿sabéis lo que estáis haciendo? ¡Soy yo, Roldán, aquel que tanto os ama!
¡Nunca recibí vuestro reto!

-Oigo ahora vuestra voz -responde Oliveros-. Mas no os ven mis ojos: ¡plegué a Dios, nuestro Señor, no apartar de vos los suyos! Os he herido, perdonádmelo.

-No me habéis causado daño -responde Roldán-. Os perdono aquí y ante Dios.

A estas palabras, se inclinan el uno hacia el otro. Y así se separan, con gran afecto.

CL

Siente Oliveros la angustia de la muerte. Se le ponen en blanco los ojos, va perdiendo el oído y se apaga su vista. Baja del caballo y se recuesta sobre la tierra. En alta voz hace acto de contrición, juntas y alzadas al cielo ambas manos, rogando a Dios que le otorgue el paraíso, que bendiga a Carlos y a Francia, la dulce, y a Roldán, su compañero, por sobre todos los hombres. Le flaquea el corazón, se le desprende el yelmo y todo su cuerpo se abate contra la tierra. Ha muerto el conde, no ha demorado por más tiempo su partida; el esforzado Roldán llora por él y se lamenta; nunca os será dado ver en la tierra hombre más dolorido.

CLI

Ve Roldán que ha muerto su amigo, y que yace con el rostro contra el suelo. Con gran dulzura, le dirige palabras de adiós:

-¡Señor compañero, lástima grande de vuestra intrepidez! Días y años nos vieron juntos: jamás me causasteis daño alguno, ni yo a vos. Ahora que os veo muerto, me es ya dolor vivir.

A estas palabras, el marqués pierde el sentido sobre su corcel, cuyo nombre es Briador. Sus estribos de oro fino lo mantienen derecho en la silla: por dondequiera que se incline, no podrá caer.

CLII

Antes de volver en sí y reanimarse Roldán, recobrándose de su desmayo, lo alcanza un gran infortunio: han muerto los franceses, a todos ha perdido, menos al arzobispo y a Gualterio de Ulmo. Gualterio bajó de los montes y contra los de España peleó reciamente. Sus hombres han muerto, vencidos por los infieles. Quiéralo o no, debe darse a la fuga hacia los valles, invocando la ayuda de Roldán:

-¡Ah, gentil conde, valiente caballero! ¿Dónde estás? ¡Nunca tuve miedo cuando estuviste a mi lado! Soy yo, Gualterio, el que conquistó Monteagudo; yo, el sobrino de Droón, viejo y canoso. Entre todos tus hombres, me querías por mi valor. Está mi lanza quebrada y traspasado mi escudo, y desgarradas las mallas de mi cota. Voy a morir, pero me he vendido a alto precio.

Han llegado a oídos de Roldán las últimas palabras. Espolea a su corcel y a toda brida corre hacia Gualterio.

CLIII

El dolor y la cólera embargan a Roldán. En lo más compacto de la turba emprende la lidia. Veinte de los de España derriba muertos, Gualterio seis y cinco el arzobispo.

Y dicen los infieles:

-¡Qué felonía contemplamos! ¡Cuidad, señores, de que no escapen vivos! ¡Traidor el que no corra a atacarlos y cobarde el que les permita la huida!

Prorrumpen entonces en gritos y alaridos y de todas partes retornan al asalto.

Roldán toma conciencia de la muerte de todos sus caballeros tras la batalla

CLXII

Parte Roldán. A través del campo se encamina, solo. Por valles y montes va buscando. Halla entonces a Ivon e Ivores, y luego a Angeleros, el Gascón. Después encuentra a Garín y a su compañero Gerer, y también a Berenguer y a Otón. Descubre allí a Anseís y a Sansón, y más tarde halla a Gerardo el Viejo, de Rosellón. Uno a uno los alza en sus brazos, el esforzado, y cargado con ellos regresa junto al arzobispo. Ante sus rodillas los ha alineado. Prorrumpen en llanto Turpín, no puede contenerse. Levanta la mano para bendecirlos y les dice luego:

-¡Lástima de vosotros, señores! ¡Que Dios, el glorioso, acoja todas vuestras almas! ¡Que las recueste en el paraíso sobre las flores santas! ¡Cuán angustiosa, a mi vez, se me presenta la muerte! Nunca más verán mis ojos al poderoso emperador.

CLXIII

Parte nuevamente Roldán, recorriendo el campo en sus búsquedas. Encuentra a su compañero Oliveros y lo estrecha contra su pecho, fuertemente abrazado. Como puede, regresa junto al arzobispo. Recuesta a Oliveros al lado de los demás, sobre un escudo, y el arzobispo lo absuelve, trazando sobre él la señal de la cruz. Redoblan entonces el dolor y la piedad, y exclama Roldán:

-Oliveros, gentil compañero, hijo erais del duque Raniero, soberano de la marca del Val de Runer. Para quebrar una lanza y romper los escudos, para vencer y humillar a los soberbios, para sostener y aconsejar a los hombres de bien, ¡no hubo en toda la tierra adalid que os aventajara!

CLXIV

Cuando el conde Roldán ve muertos a sus pares y a Oliveros, a quien tanto amaba, se enternece y prorrumpen en llanto. Su semblante pierde el color. Tan grande es su duelo que no pueden sostenerlo sus piernas: quiéralo o no, cae por tierra privado de sentido.

-¡Lástima de vos, barón! -dice el arzobispo.

CLXV

Al contemplar desmayado a Roldán, un dolor, el más profundo que jamás haya sentido, invade al arzobispo. Extiende la mano y toma el olifante. Hay una corriente de agua en Roncesvalles: quiere

llegar hasta ella y traerle un poco a Roldán. Se aleja a pasos cortos, vacilantes. Tan débil se encuentra que no puede avanzar. Flaquean sus fuerzas, ha perdido demasiada sangre; en menos tiempo del que necesita para atravesar un arpende de tierra, le falla el corazón y cae de cabeza. La muerte lo oprime con dureza.

CLXVI

El conde Roldán recobra el conocimiento y se incorpora, mas padece crueles sufrimientos. Mira hacia arriba y hacia abajo: sobre la hierba verde, más allá de sus compañeros, ve que yace en el suelo el noble barón, el arzobispo, que Dios había enviado entre los hombres para representarlo. Hace el arzobispo su acto de contrición, vuelve los ojos al cielo y, juntando sus manos, las eleva: ruega a Dios que le otorgue el paraíso.

CLXVII

El conde Roldán ve al arzobispo caído en tierra. Ve derramarse por el suelo sus entrañas, fuera del cuerpo, y gotear sus sesos por la frente. Bien en el medio del pecho le ha cruzado las manos blancas, tan bellas. Roldán comienza a lamentarse sobre él, según la ley de su tierra:

-¡Ah!, gentil señor, caballero de buena raza, en esta hora te encomiendo al Todopoderoso del cielo. Jamás habrá quien mejor lo sirva. Jamás, desde los apóstoles, hubo profeta como vos para amparar la ley y atraer a los hombres. ¡Que no sufra vuestra alma privación alguna! ¡Que le sean abiertas las puertas del paraíso!

CLXVIII

Siente Roldán que se aproxima su muerte. Por los oídos se le derraman los sesos. Ruega a Dios por sus pares, para que los llame a Él; y luego, por sí mismo, invoca al ángel Gabriel. Toma el olifante, para que nadie pueda hacerle reproche, y con la otra mano se aferra a Durandarte, su espada. A través de un barbecho, se encamina hacia España, recorriendo poco más que el alcance de un tiro de ballesta. Trepa por un altozano. Allí, bajo dos hermosos árboles, hay cuatro gradas de mármol. Cae de espaldas sobre la hierba verde. Y se desmaya nuevamente, porque está próximo su fin.

CLXIX

Altas son las cumbres y grandes los árboles. Hay allí cuatro gradas, hechas de mármol, que relucen. Sobre la verde hierba el conde Roldán ha caído desmayado. Y he aquí que un sarraceno no cesa de vigilarlo; ha simulado estar muerto y yace entre los demás, con el cuerpo y el rostro manchados de sangre. Se yergue sobre sus pies y se aproxima corriendo. Es gallardo y robusto, y de gran valor; su orgullo lo empuja a cometer la locura que lo perderá. Toma en sus brazos a Roldán, su cuerpo y sus armas, y dice estas palabras:

-¡Vencido está el sobrino de Carlos! ¡Esta espada a Arabia me la he de llevar!

Al sentirlo forcejear, el conde vuelve un poco en sí.

CLXX

Roldán siente que lo quieren despojar de su espada. Abre los ojos y exclama:

-¡Tú no eres de los nuestros, que yo sepa!

Tiene aún en la mano el olifante, que no ha querido soltar; con él golpea al infiel sobre su yelmo adornado con pedrerías y recamado de oro. Rompe el acero, el cráneo y los huesos, hace rodar fuera de la cabeza los dos ojos y ante sus pies lo derriba muerto. Después le dice:

-Infiel, hijo de siervo, ¿cómo tuviste bastante osadía para apoderarte de mí, fuera o no tu derecho? ¡Todo aquel que te lo oyera decir te tendría por loco! He aquí quebrado el pabellón de mi olifante; el oro y el cristal se han desprendido.

CLXXI

Roldán siente que se le nubla la vista. Se incorpora, poniendo en ello todo su esfuerzo. Su rostro ha perdido el color. Tiene ante él una roca parda; da contra ella diez golpes, lleno de dolor y encono. Gime el acero, mas no se rompe ni se mella.

-¡Ah! -exclama el conde-. ¡Socórreme, Santa María! **¡Ah, Durandarte, mi buena Durandarte, lástima de vos! Voy a morir, y dejaréis de estar a mi cuidado. ¡He ganado por vos tantas batallas campales, por vos he conquistado tantos anchos territorios que ahora domina Carlos, el de la barba blanca! ¡No caeréis jamás en las manos de un hombre que ante su semejante pueda darse a la fuga!** Durante largo tiempo pertenecisteis a un buen vasallo; jamás habrá espada que os valga en Francia, la Santa.

CLXXII

Hiere Roldán las gradas de sardónice. Gime el acero, mas no se astilla ni se mella. Al ver el conde que no puede quebrarla, comienza a lamentarse para sí:

-¡Ah, Durandarte, qué bella eres, qué clara y brillante! ¡Cómo luces y centelleas al sol! Por ti conquisté el Anjeo y la Bretaña, por ti me apoderé del Poitou y del Maine. Gracias a ti lo hice dueño de la franca Normandía, de Provenza y Aquitania, de Lombardía y de toda la Romana. Por ti vencí en Baviera, conquisté Flandes y Borgoña, y la Apulia toda; y también Constantinopla, de la que recibí pleitesía, y Sajonia, donde es amo y señor. Por ti domé Escocia e Inglaterra, su cámara, según él decía. Por ti gané cuantas comarcas posee Carlos, el de la barba blanca. Por esta espada siento dolor y lástima. ¡Antes morir que dejársela a los infieles!

CLXXIII

Hiere Roldán la parda roca, y la quiebra de un modo que no os podría decir. Rechina la espada, mas no se astilla ni se parte, y rebota hacia los cielos. Cuando advierte el conde que no podrá romperla, la plañe, para sí, con gran dulzura:

-¡Ah, Durandarte, qué bella eres, y qué santa! Tu pomo de oro rebosa de reliquias: un diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de monseñor San Dionisio y un pedazo del manto de Santa María. No es justicia que caigas en poder de los infieles; cristianos han de ser los que te sirvan. ¡Plegué a Dios que nunca vengas a manos de un cobarde! Tantas anchurosas tierras he conquistado contigo para Carlos, el de la barba florida. Por ellas alcanzó el emperador poderío y riqueza.

CLXXIV

Siente Roldán que la muerte arrebató todo su cuerpo: de su cabeza desciende hasta el corazón. Corre apresurado a guarecerse bajo un pino, y se tiende de bruces sobre la verde hierba. Debajo de él pone su espada y su olifante. Vuelve la faz hacia las huestes infieles, pues quiere que Carlos y los

suyos digan que ha muerto vencedor, el gentil conde. Débil e insistentemente, golpea su pecho, diciendo su acto de contrición. Por sus pecados, tiende hacia Dios su guante.

CLXXV

Roldán siente que ha llegado su última hora. Está recostado sobre un abrupto altozano, con el rostro vuelto hacia España. Con una de sus manos se golpea el pecho:

-¡Dios, por tu gracia, mea culpa por todos los pecados, grandes y leves, que cometí desde el día de mi nacimiento hasta éste, en que me ves aquí postrado!

Enarbola hacia Dios el guante derecho. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

CLXXVI

Recostado bajo un pino está el conde Roldán. Muchas cosas le vienen a la memoria: las tierras que ha conquistado el valiente de Francia, la dulce; los hombres de su linaje; Carlomagno, su señor, que lo mantenía. Lloro por ello y suspira, no puede contenerse. Mas no quiere echarse a sí mismo en olvido; golpea su pecho e invoca la gracia de Dios:

-¡Padre verdadero, que jamás dijo mentira, Tú que resucitaste a Lázaro de entre los muertos, Tú que salvaste a Daniel de los leones, salva también mi alma de todos los peligros, por los pecados que cometí en mi vida!

A Dios ha ofrecido su guante derecho: en su mano lo ha recibido San Gabriel. Sobre el brazo reclina la cabeza; juntas las manos, ha llegado a su fin. Dios le envía su ángel Querubín y San Miguel del Peligro. Al paraíso se remontan llevando el alma del conde.

CLXXVII

Ha muerto Roldán; Dios ha recibido su alma en los cielos. El emperador llega a Roncesvalles.

-¿Dónde estáis, gentil sobrino? ¿Dónde está el arzobispo? ¿Qué fue del conde Oliveros? ¿Dónde está Garín, y Gerer, su compañero? ¿Dónde están Otón y el conde Berenguer, dónde Ivon e Ivores, tan caros a mi corazón? ¿Qué ha sido del gascón Angeleros? ¿Y el duque Sansón? ¿Y el valeroso Anseís? ¿Dónde está Gerardo de Rosellón, el Viejo? ¿Dónde están los doce pares que aquí dejé?

¿De qué le sirve llamarlos, si ninguno le ha de responder?

-¡Dios! -dice el rey-. ¡Buenos motivos tengo para lamentarme! ¿Por qué no habré estado aquí desde el comienzo de la batalla?

Y se mesa la barba, como hombre invadido por la angustia. Lloran sus barones y caballeros; veinte mil francos caen por tierra sin sentido. El duque Naimón siente por ello gran piedad.

CLXXVIII

No hay barón ni caballero que, lleno de lástima, no derrame doloroso llanto. Lloran a sus hijos, sus hermanos, sus sobrinos y sus amigos, y también a sus señores; muchos se han desmayado. Como hombre juicioso, el duque Naimón es el primero que le dice al emperador:

-Mirad hacia adelante, a dos leguas podréis ver elevarse grandes polvaredas por los caminos, de tan numerosa como es la turba sarracena. ¡Cabalgad, pues! ¡Vengad este dolor!

-¡Ah, Dios! -exclama Carlos-. ¡Me han arrebatado la flor de Francia, la dulce.